



tamoanchan



UNA CRÓNICA DE HISTORIA REGIONAL CENTRO REGIONAL MORELOS INAH-SEP No. 17

Director General:
JOSE CARREÑO CARLON

Domingo 3 de Septiembre de 1989 Epoca II - Año II - Tomo II - Núm. 65

Director Regional:
EFRAIN E. PACHECO CEDILLO

SUMARIO

Hace casi tres mil años

Ana María Pelz.

Tlaltenango

Silvia Garza T.

Una Feria en el Crucero de dos caminos

Rafael Gutiérrez Y.

PLAYA

Ada Sánchez RandolPH.

Juventino Pineda Enríquez

Carlos Barreto Mark

En la Historia de Morelos

El Cargamento de la NAO

Juventino Pineda E.

**Nuestra Señora
de Tlaltenango**

Julio de Lara

TLALTENANGO



Hace casi tres mil años

Ana María Pelz.

Nuevamentellega el mes de septiembre. Está próxima la afamada Feria de Tlaltenango con sus tradicionales Tandas, sus peregrinos, sus puestos de diverso contenido, sus juegos mecánicos, sus ceremonias religiosas, su variedad de visitantes. Es un santuario que año con año recibe la visita de fieles de diferentes lugares del país. Esta tradición ha venido cumpliéndose desde hace mucho tiempo.

Tlaltenango es una zona de nuestra ciudad con una larga ocupación humana que no se remota sólo a los tiempos de la llegada de los españoles, sino que es mucho más antigua. La afirmación anterior la comprobamos desde el año de 1984, cuando se realizaron excavaciones en los terrenos del actual fraccionamiento El Edén, sobre la calle de Cerritos, unos cientos de metros al noreste de la iglesia-santuario.

Como resultado del estudio de los materiales obtenidos en la excavación, se ha podido reconstruir de manera general, parte de la vida de las comunidades asentadas en la mencionada zona.

Las características ambientales se han identificado como correspondientes a una zona boscosa, con presencia de pino como especie vegetal dominante. Seguramente los resultados del análisis de los huesos de animales encontrados confirmarán esta zonificación.

La población que se desarrolló en este lugar tuvo como medio de subsistencia la agricultura y conoció además otras actividades: la cestería, el trabajo de pieles, la forma de construir sus habitaciones, la elaboración de objetos con barro; además tuvo conocimiento de cómo obtener objetos que necesitaba y que se producían en otros lugares, tanto en sitios de lo que hoy conocemos como estado de Morelos, como de otros mucho más lejanos.

La ocupación más antigua se remota hacia 800-1000 años antes de Cristo. Se localizó una zona de entierros de personas adultas con sus respectivas ofrendas; entre los objetos que acompañaron a los muertos se encuentran vasijas, botellones, restos de un posible perro, figurillas, cuentas de piedra verde; el resultado que proporcione el laboratorio, en relación al contenido de las vasijas, ampliará la información de que era lo que acompañaba al más allá a los difuntos. Asimismo, el estudio de los restos humanos nos permitirá saber la edad y el sexo de los individuos encontrados.

La población más reciente pertenece a un grupo que habitó la zona hacia los 400-300 años antes de Cristo. En este caso, se descubrieron restos de cuartos cuyas paredes fueron construidas alineando troncos de pino, recubiertos después con lodo revuelto con hierbas y posteriormente alisados para presentar una superficie tersa. El piso era de tierra apisonada. Del interior de los cuartos



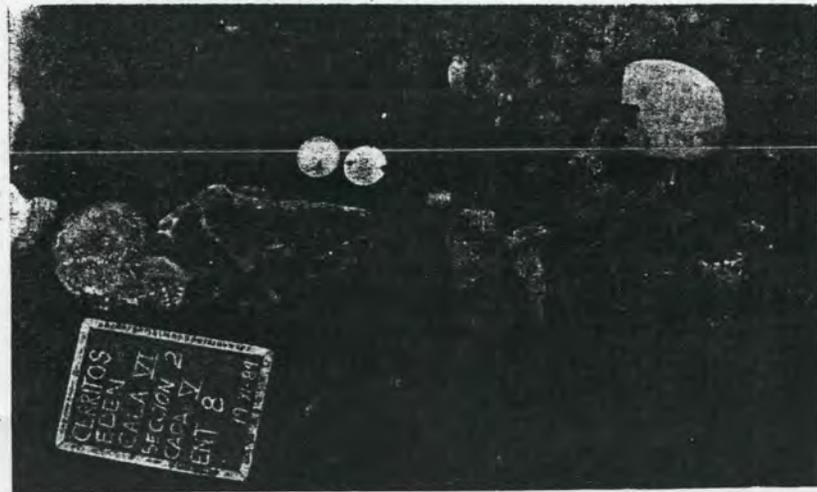
se rescataron numerosas vasijas cuyas funciones variaron: había platos, ollas, cántaros, cazuelas. Además se encontraron metales con sus respectivas manos, empleados seguramente para la molienda. Junto con los objetos mencionados, también se recuperaron semillas de frijol y de aguacate, así como una buena cantidad de fibras de algodón hiladas y de fibras de maguey: unas trenzadas y otras en cuerdas. Lo anterior nos permite considerar que el espacio se empleó para el almacenamiento, la preparación y el servicio de los alimentos.

Posteriormente, para la época de la Conquista, encontramos también numerosas re-

ferencias documentales que nos hablan de un asentamiento continuo.

En la actualidad tenemos reportes de personas que han vivido o viven en los alrededores del santuario (como por ejemplo San Jerónimo, Santa María, Tetela del Monte, Jiquilpan, La Pradera, etc.) que mencionan haber encontrado —dentro de sus propiedades restos de vasijas y figurillas de época prehispánica.

La información anterior nos permite tener una panorámica de la larga ocupación que ha tenido y tiene esta zona y las transformaciones que ha sufrido.



Tlaltenango

En la Historia de Morelos

Benites J.R.

BENITES, J.R., Guía histórica y descriptiva de la carretera de México 1928 Acapulco. Editorial Cultura. México.

Esta tan próximo este lugar a la capital del Estado de Morelos que bien se le pudiera considerar como uno de sus barrios.

Cuando amaneció en Anahuac la vida que vino a cambiar las costumbres aborígenes y la conquista transformó todo el estado social de la tierra que dominaba, Hernán Cortés estableció en Tlaltenango el primer molino de trigo que existió en la Nueva España y quizá en el Nuevo Mundo el que, para mejorar su planta, fue llevado después a Cuernavaca.

La herencia que a la vez que española lo fue de una época en que el mundo se preocupaba más por hacer templos para el señor que moradas para los hombres, es causa de que en nuestros días encontramos en los villorios más alejados y pobres construcciones religiosas que sobrepasan en número o interés a la importancia de los lugares en que se encuentran.

De esto nos damos cuenta cabal cuando pasamos por Tlaltenango, en donde, frente a

una explanada de altos y copudos árboles de follaje tranquilo, que dan humedad y fresca sombra a los viandantes que van a la fontana ocrisa de alegre sutiador a llenar las cantaras, vemos a su frente dos templos, a cuyo atrio común se entra por una arcada monumental cuyo artifice despiadadamente crucífico en un salto mortal de mal gusto, todo pensamiento de estética.

El templo del lado norte va al parroquial edificado en 1730, en honor de la virgen de Tlaltenango, cuyo retablo principal se hizo en 1850 por subscripción voluntaria encabezando los donantes Doña María de los Angeles Pérez Palacios.

La iglesia adosada a la-anterior por el lado sur, es más antigua que la parroquial y da mayor interés constructivo.

El atrio que a ambas corresponde, está en un plano de nivel más elevado que el de la rúa y en el se mira una hermosa cruz latina de bellas proporciones y el más alto y elegante cipres que jamás se ha visto, cuyo follaje, a impulso del viento, canta voluptuosamente su salmodia.

Pero la construcción más importante en Tlaltenango, no es la Parroquia ni su anexo, sino una pequeña iglesia que cierra la calle-

ja transversal del lado sur de la explanada y que es conocida con el hombre de San Jerónimo.

Fue construida por los religiosos franciscanos a fines del Siglo de Oro, y torres y muros almenados con merlones de matacan, tienen todo el sello de las primeras construcciones hechas por manos indígenas laborando bajo el pensamiento español.

La torre, que no forma cuerpo común con la masa de la iglesia se desplanta sobre un lanceolado que ciñe al cubo que la sustenta, de forma campanuliforme.

A mediados del siglo XVII el pótico primitivo se modificó, adornándose su portada profusamente con labores de argamasa y labrados serpeantes, sistemáticos palmetas galivada y laceria vermiculada en el entablamiento.

La pequeña iglesia, joyel colonial, no tiene como sería de suonerse, el villorio, el interés que se debem especialmente por lo reducido de su proporciones; es por lo que los fieles del lugar prefieren y cuidan mejor su parroquia porque siendo amplia, caben en ella todos los rezos de las devotas y todos los pecados del pueblo.

Nuestra Señora de Tlaltenango

Julio de Lara

En el Diccionario de America de alcedo, en el artículo Quauhnahuac ó Cuernavaca, se dice lo siguiente: ".....en una capilla que tiene se venera una imagen de nuestra señora de la Concepción, cuyo origen tiene justificado que en tiempo de Hernán Cortés llegaron a pedir posada a un ingenio de hacienda de aquellos peregrinos de hermosa presencia a casa de una virtuosa mujer llamada Agustina, que llevaban en un cajón cerrado, el cual dejaron en su poder para que lo guardase, y aunque se ausentaron los huéspedes no quiso abrirlo esperando que volvieran; pero cansada de lo que tardaban, y admirada de la música que se oía hacia la parte que tenía el cajón, dió cuenta al cura y al alcalde mayor, que abriendolo en presencia de muchos vecinos, hallar una imagen de nuestra señora de peregrina hechura.

obre este pedazo de canevá ha bordado con sedas de brillantes colores nuestro amigo el señor F.M fusco el siguiente cuadro fantástico con que hoy se honran las columnas del cronista.

Leyenda

Alla por el año de 1534, dos peregrinos, llegaban a un pequeño caserío que esta situado a una legua de Cuernavaca. Estos peregrinos viejo uno, joven el otro, eran de semblante tan agradable, de mirada tan dulce y afables modales, que los vecinos del lugar los recibieron con marcadas muestras de cariño.

Cerca del Caserío, se hallaba una hacienda de caña fundada por Hernán Cortés y dirigi-



da por empleados del notable conquistador.

En la misma hacienda vivían una mujer querida de todos por sus virtudes, admirada por su noble corazón y siempre convertida en el amparo de los infelices.

Llamabase esta buena mujer simplemente Agustina, y era tenida entre los vecinos, como un angel de bondad.

Los peregrinos, apenas descansaron unos minutos en la hacienda, preguntaron por Agustina, y al ser esta mujer presentada a ellos, la agasajaron y le dieron su bendición.

Uno de los peregrinos, el más viejo; atrayendola a sí, le dijo:

—Bendita seas, Agustina. Tu noble corazón hace que a tu lado nadie sufra. Eres tan buena, que tus hechos son atendidos por la Madre del Salvador.

Agustina cayó de rodillas junto al ermitaño, y alzando las manos al cielo, dijo con sagrado fervor:

—Madre mía, madre de los ángeles, anima mi alma, para que siempre pueda adorarte. Yo, pobre pecadora, cumplo en la tierra con un de los preceptos de tu amantísimo Hijo; y por ello no quiero más, sino que jamás me niegues tu dulce mirada.

Mientras Agustina decía estas frases, los peregrinos, también arrodillados, elevaban sus preces al cielo.

Hacia la tarde de aquel día en que los peregrinos llegaron a la hacienda, todos los vecinos sabedores de la novedad, acudieron a casa de Agustina y la felicitaron por sus

huéspedes, a quienes también rindieron tributo de admiración.

La noche se iba acercando, cubriendo de sombras el caserío. La luna, más diáfana que otras veces, luchaba con la oscuridad y al fin vencía, esparciendo con triunfo sus plateados reflejos.

Una campana anunciaba que el trabajo era terminado; y la multitud de infelices indios, venía a su moradas, cansados de sus faenas, y a llorar en silencio su vil esclavitud.

Aquellos seres, quince años antes tan felices y dueños de su albedrío, lamentaban los rigores del conquistador, y cuando sus ojos, se movían en dirección a los fértiles bosques que rodeaban a la hacienda lágrimas brotaban de sus ojos y suspiros de dolor salían apresurados del pecho de aquellas víctimas de la fuerza bruta.

Aun no venía a México aquel santo sacerdote que, teniendo por nombre Fr. Bartolomé de las Casas, más tarde se llamó el padre de los indios, y hoy la posteridad le aclama, como el verdadero salvador de nuestra religión en América.

Los súbditos del débil Moctezuma, los soldados del valiente Cuautimotzin, las vírgenes inocentes de dios adorado por los sabios aztecas, todos reunidos, lloraban la pérdida de su amada patria y tenían que sufrir al conquistador, abrumados por la fuerza del infame látigo, aunque maldiciendo la hora que por primera vez se divisó la flota, que embelleció los mares del Golfo con la vista de buques desconocidos pero que a bordo traían las cadenas con que debía aprisionarse a un pueblo el más sabio y grande de la tierra, pero el más débil por la superstición y por la cobardía del rey.

Los peregrinos, después de descansar el tiempo suficiente para reponer sus fuerzas, volvieron a orar, y bendiciendo a los que les rodeaban, se dispusieron a partir.

Sería la media noche cuando los justos varones hicieron sus preparativos de marcha.

La naturaleza dormía. Su silencio solo era interrumpido por el ruido de una corriente de cristalinas aguas, que corrían veloces por pintorescas barrancas, para ir placenteras a



perdersen en caudalosos río.

Los moradores de la hacienda no dirmían. Agustina, ayudando a sus huéspedes a preparar su equipaje, los agasajaba y les pedía consejos para su modo de vivir.

El peregrino joven, al verla tan cariñosa y noble, al verla tan dispuesta para recibir sus consejos, le dijo:

—“Mujer, tu seras grande.— Tú seras el instrumento que guie más tarde de la obra de un nuevo camino que conduce hacia donde solo hay felicidad”.

La oscuridad de la noche, vencida ya por la luna, ya que el cansancio, comenzaba a huir, para dejar paso a la aurora, que aunque lejos la armoniosa música de mil trinos a cual más delicados, anunciaba con júbilo.

De repente una foja de luz aparece hacia el Oriente, El velo que cubre el gigante Huitzi-

lac, va levantándose con megestuosos movimientos y pocos instantes después surge por el espacio una bandada de alegres pajarrillos, que con su armonía van despertando a las flores alertargadas bajo el poder de la dama de manto de estrellas.

Fébo aparece y tras su brillante carro triunfal, los rayos se esparcen y la pradera, los montes, el valle, los ríos, el mar, toman esos colores preciosos que jamas pudo pincel igual por más que genio quisese disputarlo con su autor.

Ya suena la campana que llama al trabajo a los infelices peones de la hacienda.

La fresca brisa murmulla y parece dolerse de aquella pléyade de seres que sin religión y sin amparo, marcha hacia el lugar en que van a sufrir las mayores ignominias.

La naturaleza viste sus mayores galas y todo es esplendor, todo grandeza.

El camino esta solo, y por el caminan dos hombres, más bien dicho dos santos disfrazados de peregrinos.

Agustina y algunas mujeres más, estan de rodillas, pidiendole a Dios, ampare a aquellos que dejan en la hacienda un recuerdo de amor y cariño, si bien para ellos, también para la Excelsa Reina de los Cielos.

Ellos los vidadores han traspuesto todo el valle, y perdiendose entre los espesos bosques, que la vista no alcanza a distinguir.

Agustina vuelve a su pobre choza, y al entrar a ella, ve una caja de la cual se percibe la más grata armonía; música celestial desconocida por sus melodiosas notas; atractiva por su originalidad y belleza, y extraña para aquella infeliz mujer.

—¿Que tendrá esa caja?— Ay de mi, que los peregrinos marchan y yo no pude observar su olvido, pero volverán, volverán por ella, y entonces tendré el gusto de verlos otra vez.

Así las cosas, se pasaron diez días. Los huéspedes no tornaban por su caja preciosa, y ya fuese por la oscuridad, ya fuese la inspiración divina de Agustina, dio parte del suceso a un pobre religioso que tenía a su cargo la pequeña ermita de la hacienda.

El cura oyó a la india, y encantado con el relato, dió aviso de él al que fingía de autorid ad en aquellos contornos, quien en unión de algunos vecinos se dirigió a casa de Agustina.

La caja estaba allí, y de ella parecían desprenderse rayos de luz de matizados colores.

Armoniosa música dejábase escapar a través de aquellos rayos, y cual batería eléctrica en todo su rigor, moviase aquella caja, trayendo a quienes estaban frente a ella.

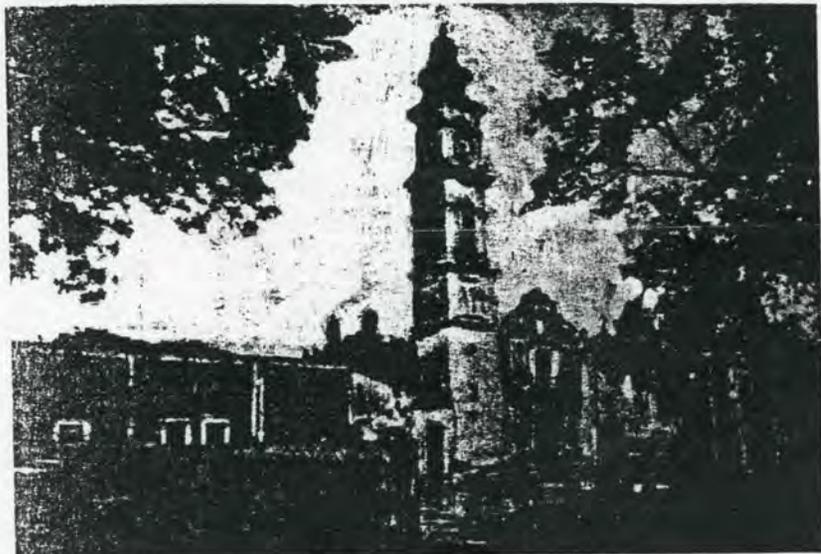
La caja, al parecer pesada, fue tomada en brazos de cuatro indios, y como un milagro, los que la conducían, tomaron la forma más agradable y simpática, sus trajes rotos y pobres, fueron cambiados por otros de ricas telas en un instante, y sus ojos parecían despedir rayos de luz.

Todos se admiraron de aquella transformación, y se apresuraron a llegar a la iglesia.

Allí, se abrió la caja y en medio de cantos de gloria, cuyas voces jamás se supo de donde salían, se apareció la más hermosa figura de mujer que los ojos vieron.

Era la Virgen de Tlaltemango.

LARA, Julio de.- Nuestra Señora de Tlaltemango; El Cronista de Morelos Periódico de política, Literatura, Ciencias y Variedades. Tomo I, Segunda época No. 30 Cuernavaca, Mor., Lunes 13 de septiembre de 1886.



Centro Histórico de Cuernavaca

La protección del Centro Histórico de Cuernavaca es de utilidad social no sólo para reconocer el proceso histórico local, la historia regional y el conjunto de valores que forman parte de nuestra entidad nacional, sino también para el mantenimiento de las condiciones de habilidad de nuestro espacio urbano.

Está delimitado según la traza urbana de principios del siglo XX, cuando Cuernavaca comienza el proceso de transformación de su estructura urbana. Todavía se reconocen sus barrios antiguos: Tlaltenango, San Antón, Amatitlán, Chapultepec y Acapatzingo, así como sus barrios que formaban parte de la traza colonial.

La conformación de la traza del centro histórico tiene sus orígenes desde la época prehispánica cuando deviene en cabecera tributaria de los numerosos asentamientos bajo el nombre de Cuahnahuac: "Junto al bosque".

En la época Colonial, los padres franciscanos la convirtieron en cabecera de misión al construir aquí su quinto convento de la Nueva España; Hernán Cortés asentó aquí la cabecera de su marquesado del Valle; conquistadores y frailes convirtieron a Cuernavaca en importante escala de la conquista, evangelización y comercialización del oriente. Esto dio como resultado la imagen de una ciudad colonial significativa, por sus funciones y su arquitectura.

En los siglos XVII, XVIII y XIX, fue centro del poder regional protagonizado por los propietarios de las numerosas haciendas azucareras de la región. El carácter marcado de la ciudad fue heredado a la conservación de la casta hacendaria que protagonizó momentos importantes de nuestra historia regional. Su cercanía con el centro del poder la ha convertido en punto estratégico de las políticas urbanas. Todo esto ha conformado costumbres religiosas, mercantiles y políticas que han dado origen a numerosas tradiciones.

En la década de los treinta del siglo XX, la imagen colonial de la ciudad comenzó a modificarse; en los pasados 50 años el desarrollo acelerado del capitalismo amenaza con borrar definitivamente su imagen y conducirla a la suerte de las grandes urbes inhabitables.

La conservación del centro histórico contribuirá a esclarecer nuestra historia regional; el control de las nuevas construcciones permitirá la continuidad habitable del espacio urbano.

Delimitación del centro histórico de Cuernavaca

Estará delimitado por la siguiente poligonal según plano de 1902:

A-B Callejón de el limón o caminos de ronda.

B-C 3a. Calle de Alpuche.

C-D 1a. Calle de Morelos.
D-E 2a. Calle de Alpuche.
E-F Camino a la Carolina.
F-G Camino a la Carolina.
G-H Calle Tlaltenango.
H-I Bajada puente Porfirio Díaz
I-J Bajada puente Porfirio Díaz.
J-K Calzada de Leandro.
K-L Calzada de Leandro.
L-M Calzada de Leandro.
M-N Gómez Farias y Calzada de Carlos Cuaglia.
N-O Calle de Guerrero.
O-P Callejón de Degollado.
P-Q Callejón de Clavijero.
Q-R Calle de Zarco.
R-S Calle de Humboldt.
S-A Calle de Cuauhtemocctzin.

También serán considerados los centros de los siguientes sitios antiguos por ser contenedores históricos

- 1.- Barrio de San Antón.
- 2.- Pueblo de Tlaltenango.
- 3.- Estación del ferrocarril.
- 4.- Barrio de Amatitlán.
- 5.- Barrio de Acapatzingo.

Normas para la conservación del patrimonio histórico-cultural y el ámbito urbano del Centro Histórico de la ciudad de Cuernavaca, Mor.

Demoliciones

En caso de construcción antigua deberá solicitarse su autorización tanto a obras públicas municipales como al INAH, a fin de determinar si procede o no dicha solicitud.

Excavaciones

Cuando estas se hagan colindantes a cualquier construcción histórica y/o de valor ambiental deberá solicitarse previamente su autorización al INAH.

En caso de que el proceso de excavación aparecieran restos arqueológicos tanto prehispánicos como coloniales, deberán suspenderse los trabajos y comunicar inmediatamente al INAH a fin de poder rescatar y estudiar dichos restos-antes de continuar con la excavación.

Alineamientos.

Dado que la traza es parte fundamental del desarrollo urbanístico histórico, esta no deberá modificarse con saliente ni remitiendo en los paños.

Alturas

Se recomienda no construir arriba de los 7.50 metros.

Vanos

En caso de construcción antigua, se respetarán los existentes, en caso de necesitar la modificación de alguno se deberá solicitar al INAH.

Obra nueva

El porcentaje de vanos (hoyos) de preferencia debe ser menor que el de macizos, se pueden destacar con rejas, marcos o dejarse lisos, su proporción deberá ser tendiente a vertical. Proporción dos, uno y medio, uno, tres, uno etc. Deberán llevar un ritmo entre vano y macizo.

Las protecciones de los vanos de acceso, no deberán ser de lámina cerrada, de preferencia usar barra redonda.

Toldos

- 1.- Deberán ser elementos reversibles.
- 2.- No deberán imitar ningún estilo antiguo.
- 3.- No deberán ser más grandes que el vano o el edificio.
- 4.- El color y la forma deberán ir en relación con el edificio, vano y calle. No usar colores chillantes ni en franjas.
- 5.- No poner anuncio ni colgajos.

Aplanados

Aplanados

Deberán aplicarse con plana de madera, prohibiéndose el uso de regla y plomada a fin de que el aplanado no quede muy recto, se deberá matar el filo en esquinas y remates.

En construcciones antiguas queda prohibido cambiar la totalidad del aplanado, siguiendo este procedimiento:

- 1.- Quitar lo suelto (lo que caiga al simple golpe de la cuchara).
- 2.- Lavar la superficie.
- 3.- Usar la mezcla muy pobre en cemento.
- 4.- Dejar que reviente el rústico.
- 5.- Pulir igualando la textura original.
- 6.- Cuidar las molduras y esquinas no queden filosas.
- 7.- Antes de eliminar un aplanado revisar por medio de calas si no existen pinturas y murales, en caso de detectarse suspender los trabajos y comunicar al INAH

Acabados

De preferencia serán con mezcla, no se permite recubrir fachadas con materiales vidriados, mármoles, ni acabados aparentes no se permiten textura rugosas (tiroles, picados, martelinados).

Pintura

En inmuebles antiguos será a la cal con color mineral con alumbre como impermeabilizante y sal como fijador.

En inmuebles nuevos podrá ser vinílica, se prohíbe el uso de pintura de aceite y barnices brillantes, los coloreros para ambos deberán ser los colores de las tierras que existen en la región, que van del rojo al ocre pero en tonos pastel, evitándose el uso del blanco para fachadas, este sólo se podrá usar para remarcar cornisas, impostas, marcos, etc. Lo mismo sucederá con los colores muy oscuros que sólo se usarán para rejas o balcones.

Anuncios

Se colocarán en los dinteles y cristales y si es en los muros sólo el nombre del local o con logotipos, para que deje ver el edificio tal cual es.

Se prohíbe colocarlos sobre cornisas y azoteas, usar anuncios luminosos y reberberantes.

Remates

Serán al gusto del propietario, siempre y cuando sean rectos y con cornisas.

No usar pico, florones, arcos invertidos, etc.

Juventino Pineda Enríquez

Carlos Barreto Mark



Gratos recuerdos lejanos nos quedan, sobre la figura y la obra literaria-histórica de Juventino Pineda Enríquez. Se época fué difícil, en un medio, casi analfabeto y recién salido, de una larga lucha civil. En aquel entonces, ni existían las famosas becas que otorga el Consejo Nacional para la Cultura y las artes y que son entregadas a los creadores de la comunidad intelectual. Fueron tiempos heroicos, que Juventino Pineda, los vivió a plenitud y enteramente comprometidos, en la difusión de sus leyendas y tradiciones morelenses. Sin algún tipo de ayuda para concluir algunos de sus proyectos, que tenían en mente difundir. O para mitigar su angustia que le ayudará a llevar el sustento familiar. Desgraciadamente: hasta sólo contamos con algunos libros publicados y algunos mentenidos inéditos en el archivo familiar y con pocas posibilidades de hacerlo. Estamos conscientes que hace falta una buena biografía, que complementada con el análisis e información de todas sus obras, nos de una visión general de todo su producción. TAMOANCHAN, dedica éste y otros artículos a rescatar algunos de sus trabajos, para recordar entre otras cosas que el cuatro de septiembre cumple 10 años de muerto. Por ello en éste espacio lo homenajeamos; como uno de los mejores escritores morelenses.

Juventino Pineda Enríquez, nació en la población de Yecapixtla en 25 de enero de 1895 según mencionan que fué un niño enclenque y enfermizo el cual no le daban 24 horas de vida ante está situación sus padres plenamente religiosos, se acordaron que en Cuernavaca estaba la virgen milagrosa de Tlatenango a la cual le hicieron una promesa, para que se salvará.

Su educación inicial la hizo en Yecapixtla su preceptor fué don Rafael Sánchez maestro que le enseñó con el silabario de San Miguel la unión de las vocales a,e,i,o,u con las consonantes. Su educación superior la hizo gracias a que el padre Evaristo Nava Ortiz lo envió a Cuernavaca, al colegio de Santa Ines. Sus maestros le enseñaron castellano e inglés, latín, retórica y poética, filosofía, física y química; salió del colegio cuando las tropas surianas al mando de Manuel Asunsolo se posesionaron de Cuernavaca. Sufrió con los suyos todos los horrores y miseria de los diez años de revolución civil, vió los saqueos de la población morelense las deportaciones, los fusilamientos, vió a gente supuestamente honrada de Yecapixtla que llegaban con jumentos sobrecargados de objetos y comestibles como productos del saqueo a Cuautla y que tranquilamente convertían en bodegas asus hogares con lo que no era suyo, desmiente a los que decían que las fuerzas surianas, saqueaban por sistema. Señala que para las fuerzas federales fueron las peores saqueadoras del estado.

En 1915 estableció una escuela particular en Yecapixtla, 28 años más tarde hizo lo mismo con otra que duró 8 años y que llevó el nombre de Vicente Estrada Cajigal. Ase-

sorando a sus hijas creó un jardín de niños, fué 15 años maestro rumiando su dolor cuando le exigieron un título que nadie pudo darle en los años aciagos de la revolución. Sin embargo también reconoció que gracias al licenciado Bernabé Elias los llevó al instituto de educación del estado como segundo secretario efectivo de ese plantel que actualmente es la Universidad.

Sus libros publicados fueron Morelos legendario, breve historia de Cuautla, en la vieja Tlatenahuac, selecciones poéticas, plegarias del atardecer, después seguirían una serie larga de obras escritas que no se le publicaron como fueron. Una Historia del estado de Morelos, que abarca desde la época prehispánica, la colonial, independiente, porfiriana y los gobiernos constitucionales de la actualidad Cuautla y el Plan de Amilpas. Obras teatrales como un Campamento de insurgentes, sombrita y bonacho. Es circo orrín infantil un viaje a través de mi patria. Chagoyan y los palteados, Morelos en el sitio de Cuautla, pregones y vendedores; María Chipila, etc. estas obritas señala Pineda Enríquez fueron escritas y dedicadas para las escuelas de obreros, primaria y secundaria y jardín de niños algunas sólo tardan 10 minutos otras hasta hora y media de los cuentos que escribió están el corrido de María Chipila, himno para el jardín de niños de Yecapixtla, el canto de los duendecitos y la gallina clueca. Su biblioteca consistía en más de 600 volúmenes, casi amontonados, por no haber tenido para dotarlos de una anaquel digno, igual que, una insipiente he-

meroteca, que Pineda Enríquez, pensaba que iban a servir para los amantes de la historia de Morelos. Desgraciadamente los volúmenes y la incipiente hemeroteca, donados a la biblioteca del municipio después de su muerte, no se tuvo los cuidados y organización, y ahora muchos se encuentra perdidos o robados por esta situación difícil de solucionar ¡Que desperdicio!

El Servidor Público Se inició como meritorio del congreso local a fines de 1913 en la legislatura de donde fueron diputados, Benito Tajonar, Estanislao Rojas, Octaviano Gutiérrez, Domingo Diez, fué diputado federal suplente de Leopoldo Heredia. Y local suplente de Antonio Pliego. Fué secretario municipal de Cuautla, en 1919 a 1922. Con Vicente Estrada Cajigal fué su jefe de ayudantes, jefe de gobernación, oficial mayor de gobierno, secretario municipal de Cuautla. Con los líderes de campesinos Nemesio Torres, Joaquín Alanís y Manuel Abundez. Fué secretario de la Junta de Mejoras en Cuautla, que presidió el doctor Miguel Loaiza. Fué compañero de grupo cultural que instalaron en los bajos del entonces hotel Rojo en lo que hoy están los comercios "El buen trato" y la "botica Herrera" en este lugar se encontraban un gimnasio como salón de conferencias. Ahí convivió con Arturo Cortina. Poeta a Raúl Iribas, Refugio Bustamante, Isaac Gutiérrez y Marianito Amaro. Ese hombrecito tan querido por su caracter tan amable y bromista. Todo un pasado, termina diciendo Pineda, que se ha ido para siempre.

Periodista. En los años de 1922 a 1927 colaboró con un grupo de cuautlenses entusiastas en los periódico llamado "Faro" y "Antorcha"; dirigió el semanario "Morelos Nuevo" como organo de gobierno también "Evolución", "Obra".

Rinde homenaje a sus maestros y amigos, que son Monseñor, Plancarte y Navarrete, Benito Tajonar, Vicente Estrada Cajigal, Ambrosio Puente, Manuel Abundez, los historiadores Domingo Diez y Manuel Mazari, José Urban, José Refugio Bustamante, Antonio Pliego, Eliseo Aragón, Ernesto Escobar Muñoz, y su compañera de aulas Celia Escobar Muñoz.

Los premios literarios que ganó fueron: un primer lugar en los juegos florales de Cuernavaca. En 1933 el jurado de Cuautla le dió una medalla de oro por la obra "Breve historia de Cuautla". En total ganó 14 diplomas, de los cuales nueve son de primera clase, dos estatuas de bronce, tres medallas de bronce. Pero también se queja diciendo que por muchos años tuvo cerradas las puertas a todos los concursos, por el "delito" de haber publicado varios libros. Situación que nunca comprendió a que se debía.

No quisiera terminar este escrito, sin mencionar a la familia Pineda Enríquez, que me proporcionó información de primera mano. También estoy en deuda con la revista Cuarto Poder, de fecha de marzo de 1962, que complementó el resto del trabajo. ¡Gracias!

El Cargamento de la NAO

Juventino Pineda E.

Leyenda colonial cuernavaquense

Jubilosas repiqueteaban las campanas de la Iglesia parroquial, y al viento enviaban sus notas barrulleras los bronces del Templo de la Tercera Orden del Saráfico Francisco de Asís. El suceso traía en revolución a la bella Cuernavaca, la Sultana del Sur, animada como ninguna otra por los descendientes del Conquistador don Hernando de Cortes y plácido refugio de los acaudalados castellanos que solían abandonar la ciudad de México para venir a las tierras bajas, tropicales, lujuriosas, incomparables. Cuernavaca era entonces trasunto fiel, a más no poder, del ambiente peninsular, así en las costumbres de las gentes como en las construcciones. Por todas partes veíase aleros de teja, dando sombra a tortuosas calles con pronunciadas pendientes, y farolas, canales, balcones, y almenas en algunos palacetes de los terratenientes, cuyos latifundios agradaban con el correr de los días, con una facilidad pasmosa. Había entonces aquella ridicula clasificación de razas que podemos detallar así: españoles europeos, los nacidos en España; españoles americanos, llamados "criollos", los nacidos en México de padres españoles, mestizos, los nacidos de padre español y madre mexicana, los indios, a quienes los iberos nombraban despectivamente "Macuaches" o "cuatro orejas" y uno que otro negro, esclavo o libre, manso o cimarrón. El repique de las campanas; en una forma muy especial, que sólo ocurría una o dos veces en el año, nada menos que era la señal del próximo arribo al Puerto de Acapulco, de la nao de China, trayendo maravillosas y preciosidades del Oriente, lo mismo pitillos y cambayas, como sirgos, hermosos mocanes, pequines y anafallas, para adornar a las fascinadoras mujeres de los hidalgos castellanos, que no paraban mientes cuando de complacer se trataba a las damas predilectas. Más de un castellano tuvo que acudir furtivamente a los frailes del Convento, al no encontrar en su arcón de cedro rojo, con resabios de humedad, peluconas bastantes para apagar el ansia de la exigente beldad, que en noches de plenilunio solía permitir al enamorado galán el grandísimo placer de una mirada tierna, tras la entornada ventana de su morada palaciega. Los frailes como es de comprenderse, vaciaron la escarcela de sus depósitos con la segura esperanza de una devolución centuplicada en la próxima zafra del ingenio cercano. El hermano campanero del Templo mayor era un fraile lego venido de España; llamábanle las beatas el "buen hermano Lorenzo", pero él aseguraba tener por verdadero nombre el de Laurencio Lorenzana y Robles, extremeño por más señas, un tanto patizambo, con renquera a consecuencias de su azarosa vida mundanal de otras épocas. Sea ello lo que fuera, el hermano Lorenzo estaba comisionado por el padre superior par los más bajos menesteres de la vida conventual, pero

también para recoger las limosnas de los vecinos, los sábados de cada semana. Llegó a adquirir tal fama, que no pocas gentes teníanle por dechado de mansedumbre y acaparador de todas las virtudes.

Semanas después del repique de las campanas, a la garita sur de la antigua Cuauh-náhuac, llegaba la "dirigencia" trayendo en vertrudos baúles de cuero, con prolija ornamentación de clavos dorados, las preciosidades chinas, más en lugar de detenerse como de costumbre a la entrada del poblado, pasó de largo hasta la garita del Calvario y frente a la casona del influente criollo don José Ruidíaz de Quezada y Valenzuela, fueron desenganchadas las robustas mulas, cesando el cascabeleo y los ruidos del pesado vehículo. Seguido de numerosos criados salió de su morada don José y en menos tiempo del que empleaba para ponerse el ferru-lo, el entoque o su chambergo, cerró trato por el total de las mercaderías, ordenando a su mayordomo que introdujese los baúles de cuero rojo y pagase al propietario, en relucientes reales con la efigie de su Majestad, el importe de la operación. Se disponían los criados a satisfacer los deseos del amo, cuando, calle abajo, apareció la silueta del hermano Lorenzo que munitando oraciones, venía de puerta en puerta trayendo en un mano del cayado y en la otra la alcancía de las limosnas. De una mirada abarcó toda la escena el hermano Lorenzo; hizo una señal que bien comprendieron los ocupantes de la "diligencia". Momentos después el hermano lego estaba frente al grupo de los compradores y se encaraba con el dueño de las preciosidades traídas por la Nao de China.

Sin más ceremonias, manifestó se deseo de adquirir todas las mercancías incluso los vertrudos baúles de cuero rojo ofreciendo por ellos triple suma de la que tratara el orgulloso don José Ruidíaz de Quezada y Valenzuela, que de coraje no cabía dentro de su estrecha ropilla multicolor. Pronto se notó que el hermano Lorenzo no llevaba en la escarcela de las limosnas sino unos cuantos reales, insuficientes ni aún siquiera para hacer un anticipo. Con pasmosa tranquilidad dirigió sus miradas a lo largo del camino, vió a un pobre indígena que regresaba al Huichilaque arreando pacientemente pollinos que trajeran leña y que regresaban en descanso. Llamólo por su nombre agregando "Mirad hermano, traed acá vuestros animales; dadme esa herradura que cuelga gastada en la pata delantera de unó de los borricos". Hizolo así el azorado "macuache". Recibir la herradura, cortar un trozo de su mugrosa túnica, envolver en él ese aditamento, fué obra de un instante. "Este es el pago de vuestras mercancías, buen hombre, dijo el hermano Lorenzo al comerciante, id en paz y preguntad por mí la próxima vez". Cuando el merceder desenvolió el raído lienzo, su asombro no tuvo límites; ka herradura del borrico irradiaba fulgores mirí-

ficos; estaba cuajada de diamantes deslumbradores. Calle arriba, lejos ya, iba en indigena llevándose todas las mercancías para repartirlas entre los pobres habitantes de las montañas.

Aquella vez los castellanos de Cuernavaca tuvieron que regresar al arcón de cedro rojo, oloroso a humedad, las brillantes peluconas, y las mozas de los hidalgos esperar el otro repique de las campanas, mientras el hermano Lorenzo seguía recorriendo calles y más calles, con el cayado en una mano y la alcancía de las limosnas en otra, musitando oraciones con crepúsculo de nubes teñidas de arrebol.

PLAYA

Ada Sánchez Randolph.

*A la orilla de la tarde
el mar se puso a cantar:
... "niño de los ojos claros
dime ¿a dónde adonde vas?*

*A la orilla de la lluvia
la red se puso a secar
lágrimas verdes y azules
por un marino pesar.*

*Siete años ha que nos vemos
y escribimos, al charlar
sus nombres sobre la arena
frescos de espuma y de sal.*

*Después con callada pena
tus manos siempre me das,
niño de los ojos claros,
mientras hablas de ultramar.*

*Año tras año te pienso
y te encuentro junto al mar;
tu sabes que he de buscarte
y yo, que me esperarás.*

*Niño de los ojos claros
nunca te quise besar,
pues no logramos jugando
sus dos nombres olvidar.*

*Pero un día será el postrero
en que te pueda abrazar,
tal vez nunca yo regrese,
tal vez tú ya no estarás...*

*Y a la orilla de la tarde
la lluvia adióis nos dirá
con las lágrimas marinas
de nuestro errante penar.*

*Niño de los ojos claros
no nos pudimos amar,
tú me perdiste en el tiempo
y yo te perdí en el mar.*

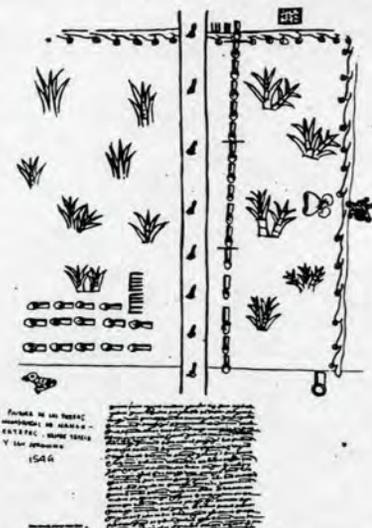
Una Feria en el Crucero de dos caminos

Rafael Gutiérrez Y.

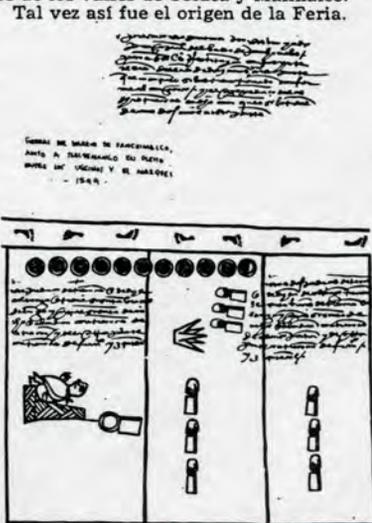
Es la última llamada para la misa, el eco de las campanadas repercutió en el conjunto de emociones de los protagonistas: mientras el fraile venido del convento de la Asunción departe con parsimonia jerárquica las apremiantes necesidades de la Iglesia, los impacientes comerciantes apresuran el paso hacia el Santuario, los intermediarios venidos de las cercanas provincias mexiquense y poblana así como los del centro y hasta de las lejanas regiones del Bajío, pegan oído a las informaciones extraoficiales acerca de las nuevas mercancías venidas en la Nao. Los vecinos comienzan a encender los fogones para preparar los variados antojitos de tortillas compuestas con hutlacoques, quesillos, flores de calabaza, requezón y otros varios complementos; chillan los molotes en el aceite mientras los más diversos olores se entremezclan con la ansiedad de los asistentes; en los anafes gorgorea el champurrado, el atole, el café; los ventruados vitrioleros se tiñen de colores con las diferentes "aguas frescas"; la misa de Gracias está por comenzar y con ella quedará abierta la Feria de Tlaltenango. Los decoradores dan los últimos toques a la portada florida que enmarca la solemnidad de la entrada al Santuario. En el fondo, las velas chisporrotean dando a la imagen de la Virgen de los Milagros un halo de inmaterialidad.

Atras quedaron los pleitos por la tierra entre el Marqués del Valle y los pobladores de las tierras entre San Jerónimo y Tetela; entre Cortés y el trapiche de Axomulco; atras quedó, también, las festividades del 19 de marzo, del patrón San José, la de San Jerónimo defensor de las Escrituras y de la vida comunitaria de la primitiva Iglesia. La personalización del rito substituyó las prácticas catequéticas y pastorales de los mendicantes en aras del celo por la pureza tridentina. Al obligado tributo indígena siguió la sutil obligación popular de sostener las iglesias mediante la venta de los servicios religiosos personalizados: bautizos, confirmaciones, matrimonios y hasta defunciones. La visión mundana de la vida fue separada del espíritu dando origen a una dudosa cristiada que superaba las ofensas terrenas con los dones personales, mientras cultivaba otras ofensas.

Otras ideas se sobrepone al momento: la posibilidad de los beneficios de la Feria. Los comerciantes esperan las inversiones en productos del Oriente que satisfagan las artificiosas necesidades de la naciente clase social media; los intermediarios que han venido al encuentro de las mercancías buscan los precios que multipliquen los "dineritos" invertidos; los vecinos se empeñan en ofrecer servicios de alimentación y hospedaje con cuyos centavos complementen el raquítico salario de peón de la hacienda y de los magros productos de su siembra temporalera. Por supuesto, el Santuario espera recibir



parte de los beneficios de todos como producto de una inversión imaginada: la invención de la Feria de Tlaltenango en el cruce de los caminos que vienen, por un lado, de Acapulco hacia México, y por el otro el que viene de Puebla y la región y cruzando el actual estado de Morelos, entre la sierra y los valles y se dirige hacia la región mexiquense de los valles de Toluca y Malinalco. Tal vez así fue el origen de la Feria.



Tlaltenango

Silvia Garza T.

Tlaltenango, Lugar de muros de tierra.

tlal(li) = tierra
tenan (tli) = muro
-co = locativo

Aunque desconocemos el glifo que se empleó en época prehispánica para representar el nombre de Tlaltenango es posible que guiando los cánones de la escritura Nahuatl podamos dibujar el topónimo. Es interesante resaltar que los europeos, no especializados en el estudio de las lenguas, escucharon el sonido delocativo "co" como "go", que la combinación de una vocal con la letra "c" fácilmente es escuchada como "g".

Para configurar el glifo se dibuja una banda horizontal que en su interior tenga dos líneas de puntos y en el centro una franja de ues acostadas y sobre ésta unos remates: los que llamamos almenas y que se le como muro.

Aunque para nuestra cultura actual, los convencionalismos de representación de tierra y muro no son los mismos que para la cultura mesoamericana, estos dos glifos, ambos casos, tienen un simbolismo de val directo, es decir que lo que se representa lee.

 tamoanchán

Suplemento dominical editado
por El Nacional del Sur
Epoca II - Año II - Tomo II - Núm. 65
Domingo 3 de Septiembre de 1989

Director General:
JOSE CARREÑO CARLON

Director Regional:
EFRAIN E. PACHECO CEDILLO

Subdirector:
J. Trinidad Padilla Barragán

Coordinador:
Alberto Millán Toledo

Portada: Rafael Gutiérrez: